

Escripta

EL GRUPO COMUNISTA INTERNACIONALISTA:
CONEXIONES ESTUDIANTIL-POPULARES
Y EL CÍRCULO DE ESTUDIOS DE TIJUANA,
BAJA CALIFORNIA, MÉXICO (1968-1976)

THE INTERNATIONALIST COMMUNIST GROUP:
STUDENT-POPULAR CONNECTIONS
AND THE STUDY CIRCLE OF TIJUANA,
BAJA CALIFORNIA, MEXICO (1968-1976)

Josué Bustamante González
orcid.org/0000-0001-8329-1496

Recepción: 23 de septiembre de 2023
Aceptación: 30 de enero de 2024

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir igual (CC BY-NC-SA 4.0), que permite compartir y adaptar siempre que se cite adecuadamente la obra, no se utilice con fines comerciales y se comparta bajo las mismas condiciones que el original.

**EL GRUPO COMUNISTA INTERNACIONALISTA:
CONEXIONES ESTUDIANTIL-POPULARES
Y EL CÍRCULO DE ESTUDIOS DE TIJUANA,
BAJA CALIFORNIA, MÉXICO (1968-1976)**

**THE INTERNATIONALIST COMMUNIST GROUP:
STUDENT-POPULAR CONNECTIONS AND THE STUDY CIRCLE
OF TIJUANA, BAJA CALIFORNIA, MEXICO (1968-1976)**

Josué Bustamante González¹

Resumen.

Este artículo analiza la actividad militante del Grupo Comunista Internacionalista (GCI), afiliado a la Cuarta Internacional, después de 1968. Inicialmente, su labor se centró en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y, posteriormente, se extendió a las luchas populares en varios estados de la República Mexicana. Además, se detalla el círculo de estudios que el GCI estableció en Tijuana, Baja California, con el objetivo de promover la educación marxista. A través de documentos originales, como publicaciones de la época, y entrevistas con exmilitantes, se expone cómo el GCI introdujo su paradigma socialista en agrupaciones estudiantiles y populares tanto en la Ciudad de México como en otras regiones. También se destaca cómo estos círculos de estudio evolucionaron en espacios democráticos para el aprendizaje trotskista.

Palabras clave: conexiones populares, círculos de estudio, trotskismo, Grupo Comunista Internacionalista.

¹ Doctor en Historia por el Colegio de Michoacán. Agradezco a los integrantes de la Casa Obrera de Tijuana y a su Archivo Histórico de Movimientos Sociales, por permitirme conocer una parte de sus luchas sociales pasadas y presentes. Correo: bustamantejosue88@gmail.com

Abstract.

This article analyses the militant activity of the Grupo Comunista Internacionalista (GCI), affiliated to the Fourth International, after 1968. Initially, its work was centred on the National Autonomous University of Mexico (UNAM) and later extended to popular struggles in various states of the Mexican Republic. It also details the study circle that the GCI established in Tijuana, Baja California, with the aim of promoting Marxist education. Through original documents, such as publications of the time, and interviews with ex-militants, it shows how the GCI introduced its socialist paradigm into student and popular groups in Mexico City and other regions. It also highlights how these study circles evolved into democratic spaces for Trotskyist learning.

Keywords: grassroots connections, study circles, trotskyism, Internationalist Communist Group.

Introducción

La nueva izquierda mexicana, durante los años setenta del siglo XX, se distinguió por su versatilidad rebelde, con la que le hizo frente al autoritarismo presidencial y sus redes de corrupción política.² Esa Nueva Izquierda abrió los canales de la militancia revolucionaria hacia horizontes socialistas que se pensaban más radicales, como la vindicación de los partidos obreros independientes del Estado y la creación de organizaciones guerrilleras.

Esta nueva izquierda se caracterizó, entre otros elementos, por divulgar una cultura política anclada en las movilizaciones obreras, campesinas, estudiantiles y de las clases medias después de 1968, año axial de la insurgencia juvenil a escalas nacional y mundial (Tortti, 2002; Zolov, 2012; Markarian, 2011; Scheuzger, 2018; Dip et. al., 2021).

² Se emplea la noción de autoritarismo presidencial para designar al sistema de gobierno que, de acuerdo con Lorenzo Meyer, monopolizaba el poder en la figura del presidente de la República para perpetuar su hegemonía. Este régimen, carente de democracia, imponía su predominio institucional a través de un solo partido político, el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Además, manipulaba elecciones, cooptaba y reprimía a sus opositores (1991, pp. 364-387).

El Grupo Comunista Internacionalista (En adelante GCI), una tendencia trotskista que apelaba por la conformación de una vanguardia revolucionaria, y que surgió en 1969, es un ejemplo de ello. Durante la década de 1970, las repercusiones de las masacres de 1968 y de 1971 se hicieron sentir en todo el país por medio del incremento de las luchas populares. Esa resonancia caló hondo en los movimientos de izquierda, que respondieron abriéndose paso en las direcciones juveniles de raigambre estudiantil y magisterial.

Los líderes trotskistas, que no se quedaron al margen del ascenso insurreccional, vislumbraron la oportunidad para reunir fuerzas en todo el país. Para ello presentaron al GCI, entonces ligado al Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, como una alternativa revolucionaria, cuyo programa político «seguía más vigente que nunca». Esto supuso entender a la «provincia» como el polo generador de los movimientos populares, y como el espacio de atracción de las fuerzas de izquierda, del que resultaría un frente nacional capaz de iniciar un proceso revolucionario mexicano. A esta interpretación —y desplazamiento militante a la vez—, los trotskistas la llamaron la «nacionalización» del trotskismo mexicano.

A partir de esa noción, que no era otra que la de introducir el pensamiento de la Cuarta Internacional por medio de la promoción del marxismo, el problema de investigación que se aborda tiene que ver con ampliar la mirada de cómo el GCI introdujo su paradigma socialista en las agrupaciones estudiantil populares, que se conformaron dentro y fuera de la Ciudad de México, después del 68.

El primer objetivo de este estudio es conocer las conexiones que el GCI estableció en diferentes coaliciones populares estatales. Estas incursiones pronto arrojaron resultados favorables para el GCI, como la creación de círculos de estudio en los que se formaron políticamente los militantes que constituyeron las primeras secciones regionales. El segundo propósito de este artículo consiste en atender los tipos de aprendizaje que se constituyeron en dichos círculos, tomando como ejemplo la sección local del GCI ubicada en Tijuana, Baja California. Esta sección, a finales 1974 se encontraba en ciernes, con apenas diez u once militantes distribuidos entre Tijuana, Tecate (simpatizantes principalmente) y Mexicali (M. García, comunicación personal, 28 de abril de 2024).

Los jóvenes dirigentes del GCI en Baja California, como se verá en la presente investigación, convirtieron los círculos de estudio en espacios democráticos de educación socialista. Esto se debió a que aparte de abanderar un proyecto marxista, los puentes de comunicación militante estaban mediados por códigos de comportamiento juvenil, como el ser joven rebelde, escuchar música de protesta y educarse mutuamente en el marxismo desde una mirada fresca, que supiera adecuar sus postulados a las necesidades de jóvenes deseosos de libertad y cambio social. Por lo anterior, se retoma la concepción de Eric Zolov de quiebre generacional «que estaba introduciendo velozmente actitudes y demandas cambiantes de parte de estudiantes, artistas e intelectuales deseosos de una forma diferente de socialismo democrático, algo menos autoritario, más transparente y, posiblemente, más cosmopolita culturalmente» (Zolov, 2012, p. 5).

La historiografía del trotskismo mexicano ha abierto la posibilidad de explorar este tipo de identificaciones, uniones y formas cohesión juvenil, que se derivaban y aumentaban en la construcción de espacios de educación política, bajo escenarios autoritarios (De Pablo, 2002; Oikión, 2010a; Oikión, 2010b; Avilés, 2018; Bustamante, 2020; Rodríguez, 2022). En este artículo tratamos de abonar a este campo de estudios y en aquellas investigaciones que están descentralizando las actividades de las izquierdas partidistas, al rastrear su presencia e impacto en diferentes estados de la República mexicana.

Para dar cuenta de ello se recurrió a materiales de archivo hasta ahora inexplorados, que formaron parte del GCI tanto en la Ciudad de México como en Baja California y se realizaron entrevistas semiestructuradas a exmilitantes de aquella época pertenecientes a ambos estados del país. Para darle un tratamiento reflexivo a las fuentes orales empleadas, nos adscribimos a la propuesta teórico metodológica pensada por Jorge A. Aceves Lozano cuando refiere que este tipo de testimonios tienen que examinarse «confrontándolos y triangulándolos con otras fuentes documentales y objetuales a disposición del historiador» (Aceves, 1998, p. 227).

El surgimiento del GCI

A comienzos de la década de 1970, el trotskismo mexicano aprovechó la agitación estudiantil que sacudió al país con el objetivo de hacer crecer su base política. Durante los años sesenta del siglo xx, los círculos trotskistas se focalizaron completamente en la Ciudad de México y, conforme avanzaba esa década, no lograron despuntar. Hubo al menos dos motivos que frenaron su avance: la poca atracción que generó el trotskismo entre los jóvenes de izquierda y la clandestinidad en la que operaban las células. Para finales de 1968, las dos ramas trotskistas existentes, la sección mexicana del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional y el Partido Obrero Revolucionario Trotskista, quedaron muy debilitadas, luego de la represión sistemática que el Estado mexicano ejerció en contra del movimiento estudiantil.

La sección mexicana del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, que es el objeto de estudio de esta investigación, prácticamente quedó desarticulada. Los pocos trotskistas que todavía permanecieron activos en 1968 eran unos cuantos, siendo el matrimonio conformado por Manuel Aguilar Mora y Mara Pulsts, el responsable de continuar con el proyecto de la Cuarta Internacional en México. Manuel Aguilar preservó sus redes internacionales con el Secretariado Unificado (SU) de Nueva York y París, por medio de la revista *World Outlook* y fue así como inauguró una nueva fase del trotskismo mexicano (M. Aguilar, comunicación personal, 8 de diciembre de 2021).

Solo que, en esa nueva etapa, el trotskismo se vio favorecido por el empuje estudiantil, que con mayor certeza radical quería confrontar al régimen en el poder. Por ello, las alternativas que anteriormente habían quedado opacadas por las grandes coaliciones universitarias, o el Partido Comunista Mexicano (PCM), empezaron a ser vistas como opciones independientes, incorruptibles y revolucionarias. El trotskismo, pero particularmente el que se ligaba a la Cuarta Internacional, se convirtió en un polo de atracción que mancomunó a militantes que procedían de diferentes experiencias de las luchas revolucionarias, con jóvenes que se integraban por primera vez a la militancia marxista. A Manuel Aguilar y Mara Pulsts, se acercaron jóvenes, preparatorianos algunos de ellos, que se habían fogueado en luchas estudiantiles durante y después de

1968, pero que deseaban romper de tajo, con aquellas prácticas que concebían «reformistas», entre el Estado y los partidos políticos que se decían ser de izquierda. Estos militantes, que no pasaban de los 18 años de edad, se referían concretamente al pactismo con el que veían recurrir al PCM y el Partido Popular Socialista para resolver los conflictos con el Estado.

Para una buena parte de esa generación que experimentó el 68, recurrir a otros autores marxistas, adoptar otros programas y conceptos que para ellos alimentaban la idea de la Revolución socialista, de justicia y libertad, se volvió una constante búsqueda programática para «comprender la realidad y transformarla». Varios jóvenes, como los que se unieron al trotskismo, encontraron por primera vez canales de expresión, comunicación e intervención revolucionarias que respondían a sus intereses sociales y su intensa necesidad de derrocar al régimen priista. Estos canales iban acompañados de una preparación política que los hizo críticos de cualquier actitud conciliadora.

Jóvenes como Alfonso Peralta, Ricardo Hernández, Jaime González, Alfredo López, Antonio Sánchez, y Salvador Hernández fueron algunos de los pioneros del GCI. Peralta había pertenecido al grupo Miguel Hernández en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Jaime González abandonó la Juventud Comunista y Ricardo Hernández llegó de Coahuila a la Ciudad de México sosteniendo vínculos previos con el Socialist Workers Party (SWP) (E. Sánchez, comunicación personal, 30 de octubre de 2017). Todos ellos continuaron desarrollando su liderazgo estudiantil, pero ahora representando al Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional.

Su estrategia fue incrustarse en el medio estudiantil a través de la revista teórica *La Internacional*, que se mimeografiaba clandestinamente en la casa de Manuel Aguilar, a partir de 1969 (M. Aguilar, comunicación personal, 8 de diciembre de 2021). Vale la pena mencionar que las portadas de esa revista fueron hechas por Mara Pulsts, y en sus páginas se dio a conocer su proyecto político que contemplaba tres postulados: combatir al Estado, construir un partido estudiantil, obrero y campesino e instaurar un régimen socialista.

Hasta antes de su desaparición en 1972, *La Internacional* tuvo un impacto positivo en el sector universitario, en especial por la campaña de la liberación de los presos políticos que emprendió desde 1969 y que se ligó con varios

estudiantes y profesores de la UNAM que formaban parte del Comité Coordinador de Comités de Lucha Conjunto (COCO).³ Por ejemplo, Delia Hidalgo Romero, quien pertenecía al Comité de Lucha de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de dicha universidad, ingresó al GCI por intermediación de Carlos Sevilla, uno de los líderes de la extinta Liga Obrera Marxista (LOM) que se encontraba preso en Lecumberri y que Delia solía visitar (D. Hidalgo, comunicación personal, 13 de septiembre de 2016). En ese entrar y salir al penal de Lecumberri, Delia conoció a la profesora Lucila Flamand, quien militaba en la Comisión Pro Libertad de los Presos Políticos de la Facultad de Filosofía y Letras, que pertenecía al COCO⁴. Mientras que Delia visitaba a sus maestros, Lucila iba al encuentro de quienes habían sido sus alumnos en Filosofía y Letras (L. Flamand, comunicación personal, 13 de septiembre de 2016). Como resultado de esa amistad, ambas ingresaron al GCI.

El otro eje de *La Internacional* que acaparó la simpatía de los jóvenes rebeldes, fue la tesis de Manuel Aguilar Mora sobre el Estado Bonapartista. En síntesis, esta perspectiva concebía al régimen presidencial como un modelo de gobierno autoritario capitalista que favorecía, por encima de los intereses populares, el desarrollo y predominio de la burguesía nacional y extranjera. Para Aguilar Mora, el Estado bonapartista operaba valiéndose de mecanismos que fortalecían al gran capital como las concesiones comerciales que se les brindaban a los empresarios estadounidenses.⁵ Mientras que, en perjuicio de trabajadores, campesinos y estudiantes, se instauraban formas de control y represión, como el charrismo sindical, la contrarreforma agraria, la desarticulación de la izquierda, y el uso del ejército, que impedían o contenían brotes de rebeldía y vientos de cambio social.⁶ Con las matanzas del 68 y del 71, para el líder trotskista, el gobierno bonapartista más que reforzar su preservación,

³ Para conocer la importancia del COCO en el movimiento estudiantil popular, véase la investigación de Verónica Oikión (2023) y el libro colectivo de Alicia de los Ríos, et. al., (2021).

⁴ Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (AHUNAM), Fondo Lucila Flamand (en adelante FLF), en proceso de catalogación.

⁵ «Declaración del GCI sobre el informe enmascarado. La crisis del régimen», en *La Internacional*, septiembre de 1971, núm. 18, pp. 2-7.

⁶ «Declaración del GCI sobre el informe enmascarado. La crisis del régimen», en *La Internacional*, septiembre de 1971, núm. 18, pp.3-4.

entró en una crisis de legitimidad, pues dejó al descubierto que solo servía de soporte y gestor de la burguesía.

En esta lógica marxista, la izquierda, pero particularmente la del GCI, se presentó públicamente como una alternativa revolucionaria que lucharía por instaurar una democracia socialista, es decir, que promovería la formación de un gobierno popular, que el bonapartismo, desde sus raíces, había combatido velada o abiertamente.

Bajo esa perspectiva y la inercia coyuntural que favorecía el avance de los movimientos sociales y organizaciones de izquierda, los trotskistas comenzaron su campaña de reclutamiento y formación de «círculos de estudio». En la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, por ejemplo, surgieron dos: el Rosa Luxemburgo y el Rubén Jaramillo. Alfonso Peralta tomó la batuta del primero y Edgar Sánchez se integró al segundo. En la Escuela de Economía operaba un grupo más (Edgar Sánchez, comunicación personal, 30 de octubre de 2017). Por motivos de seguridad, preferían no tener mucho contacto entre sí. A finales de 1970, el GCI sostuvo una reunión clandestina en la que varios de sus militantes se conocieron.

Mucho se ha hablado del «sectarismo» de las oposiciones de izquierda que se encontraban vigentes en aquella época. Lo que se puede afirmar a partir de esta investigación, es que las organizaciones como el GCI, para reactivar y ampliar sus vínculos con el estudiantado, formaron alianzas con grupo diversos con quienes podían compartir ideales y estrategias de movilización social.

De allí que el GCI construyera una alianza efímera con jóvenes que políticamente habían surgido del 68, pero que no tenían la dimensión histórica de Raúl Álvarez Garín, Alberto Escudero o Gilberto Guevara Niebla, quienes habían encabezado el Consejo Nacional de Huelga (E. Sánchez, comunicación personal, 30 de octubre de 2017). De esa fugaz unidad surgió el periódico *Perspectiva*, que sirvió momentáneamente para difundir entre los estudiantes la idea de articular un partido revolucionario. Pero un acontecimiento que resultó favorable para el GCI, y que le permitió extender sus vínculos estudiantiles en la Ciudad de México, fue la creación del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) en 1971.

Varios universitarios que vivieron el 68, ya fuese como estudiantes de base o como líderes, se convirtieron en profesores preparatorianos. Alfonso Peralta y Lucinda Nava ingresaron al CCH Azcapotzalco, con lo que ampliaron sus canales de reclutamiento. Por ejemplo, Ángeles Martínez Gileta se integró primero a la célula de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y después ingresó a la célula del CCH de Naucalpan (López y Márquez, 2019, p. 100). Anteriormente, Gileta quedó impresionada por el desenvolvimiento intelectual de Lucinda Nava, quien en 1974 pertenecía al Comité Central del GCI (López y Márquez, 2019, p. 99), mientras que Guadalupe Hernández López ingresó al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) en 1977, cuando estudiaba en el CCH plantel Vallejo, (López y Márquez, 2019, p. 94).

En un clima de intolerancia estatal hacia la protesta estudiantil, los círculos de estudios y las asambleas juveniles que se realizaban al interior de la UNAM, se transformaban en los espacios públicos en los que las vanguardias marxistas desarrollaban y comunicaban sus estrategias. Cada tramo al interior de las universidades podía servir de base de operaciones o de refugio político para estos grupos. Por ello, no era para nada menor que, para financiar sus proyectos, una de las cafeterías de la UNAM fuera controlada por los trotskistas y los maoístas que formaban parte de uno de los tantos comités de lucha universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras (E. Sánchez, comunicación personal, 30 de octubre de 2017).

La cafetería no cerró el servicio de comedor estudiantil, ya que las ventas continuaron, pero un porcentaje de las ganancias se destinó a la elaboración de propaganda. Con el dinero recaudado, el comité de lucha empezó a publicar, en formato tabloide, el periódico *¿Qué Hacer?*, una publicación que, por su calidad, resultaba inusual entre los grupos estudiantiles de izquierda, que en no pocas ocasiones reproducían en mimeógrafo sus escritos (E. Sánchez, comunicación personal, 30 de octubre de 2017).

Además de servir como puente de unión estudiantil y fuente de autofinanciamiento, la cafetería también se utilizó para resguardar clandestinamente las publicaciones internacionales que recibían en la Ciudad de México, trotskistas y maoístas. La cocina, por ejemplo, no servía solo para almacenar despensa, sino para resguardar los números más recientes de *Pekín Informa* y *Rusch* de la

Liga Comunista Francesa. No hay que olvidar que desde mediados de los años sesenta del siglo xx las publicaciones marxistas, pero en especial las comunistas, circulaban ilegalmente y, portarlas, era motivo de cárcel o intimidación policiaca (E. Sánchez, comunicación personal, 30 de octubre de 2017). Más que una anécdota, lo interesante que se desprende de estos testimonios, es la posibilidad de recrear los mecanismos de autogestión colectiva y cooperación, que las izquierdas ponían a su disposición para echar a andar sus proyectos de forma independiente del Estado. Hay que recordar que la independencia que mantenían con respecto a las instituciones del Estado, no solo era un distintivo, sino una forma de organización que apelaba a identidades radicales y a antiguas tradiciones de lucha revolucionaria socialista.

Esas primeras alianzas estudiantiles no fueron insignificantes, sino que constituyeron la antesala de las conexiones políticas, que paulatinamente les permitieron a los trotskistas integrarse a los movimientos estudiantil populares que combatían al interior de la República mexicana. Como se verá en el siguiente apartado, el GCI que se había focalizado en la Ciudad de México, inició una campaña que vindicaba su particular horizonte marxista, es decir, aquel que impulsaba la idea de formar una vanguardia proletaria que fuera el preámbulo para la construcción «del partido obrero revolucionario», que para el GCI tenía que ser estudiantil, obrero y campesino⁷.

De la Ciudad de México a las conexiones populares estatales

La década de los setenta fue inaugurada por un conjunto de movilizaciones sociales en toda la República que tenían como epicentro las universidades públicas, los sindicatos independientes de diferentes sectores productivos, las organizaciones campesinas y los movimientos urbano populares. Desde su trinchera, cada uno enarbolaba el estandarte de la autonomía, la instauración de gobiernos democráticos, de mejores condiciones de trabajo y viviendas dignas, así como la dotación de tierras ancestrales para el campesinado. Los trotskistas interpretaron ese momento histórico como «el despunte de la lucha

⁷ «Hoy se impone la unión obrera estudiantil», en *La Internacional*, noviembre de 1970, pp. 1-6.

de masas generalizada a escala nacional»⁸. Por ello, incursionaron en estos movimientos, reiterando el uso del marxismo como método de preparación política, y «enmarcar las grandes tareas que se presentan a la vanguardia en el surgimiento de frentes y coaliciones populares»⁹.

El movimiento estudiantil a nivel nacional que vindicaba autonomía universitaria y la participación democrática de los estudiantes en la toma de decisiones tuvo un crecimiento exponencial en los albores de los años setenta del siglo xx. La coalición estudiantil de Nuevo León que se encontraba en plena lucha por la restitución de la autonomía universitaria y «la promulgación de una Ley Orgánica, favorable al cogobierno, a la democratización de la vida universitaria y al aumento de recursos, en oposición a la Ley Orgánica impuesta por el gobernador Eduardo Elizondo» (Librado, 2021, p. 10; De los Ríos, et. al., 2021, p. 32; Ruiz, 2022, p. 31), fue el punto de confluencia de una serie de demandas universitarias que se extendieron por diversos estados de la República como Sonora, Chihuahua, Tamaulipas, Puebla, Oaxaca y Veracruz.

El golpe autoritario que frenó este gran proyecto democrático, encontró una respuesta solidaria en los estudiantes críticos y las izquierdas que se reorganizaban en todo el país (Librado, 2021, p. 10; De los Ríos, et. al., 2021, p. 32; Ruiz, 2022, p. 31). Sin embargo, el respaldo que desde la Ciudad de México se ofreció a ese movimiento se interrumpió momentáneamente por la masacre del jueves de Corpus, el 10 de junio de 1971. Restablecida la aparente normalidad, grupos como el GCI preservaron sus nexos solidarios con el movimiento estudiantil popular de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) (E. Sánchez, comunicación personal, 30 de octubre de 2017).

El sector estudiantil fue el puntal con el que el GCI pudo ligarse a las luchas populares de obreros y campesinos. Para los trotskistas, los jóvenes y sus reivindicaciones respondían a la crisis del «capitalismo tardío», según la concepción que retomaban de Ernest Mandel, en la cual, los universitarios eran igual de proletarios que los obreros insurrectos, dado el esquema de «proletarización del trabajo intelectual» (1975, pp. 4-9). Esta tesis se reforzaba para

⁸ «La crisis de la burguesía y las tareas del movimiento», en *Boletín de Sociología e Historia del Siglo xx*, mayo de 1973, s/p.

⁹ «La crisis de la burguesía y las tareas del movimiento», en *Boletín de Sociología e Historia del Siglo xx*, mayo de 1973, s/p.

los trotskistas cuando los estudiantes mimetizaban su lenguaje y acciones con el de los trabajadores y decían ser los portavoces de la conciencia proletaria.

El GCI insistía en que la militancia no se restringía al activismo «estudiantilista», que se concentraba de principio a fin en la democratización de la enseñanza, sino que por su condición proletaria estaba emparentada con todos los actores sociales movilizados. Por ello quería dar paso a la creación de un frente unido que confrontara al capitalismo y sus gobiernos autoritarios.¹⁰

Durante la década de 1970 hubo un entrelazamiento de estos tres actores, porque compartían demandas sociales y experiencias de lucha. La unión de los trotskistas con el movimiento estudiantil les permitió integrarse a las organizaciones independientes que defendían los intereses de los sectores populares. De hecho, para el GCI el «pueblo» no era el ciudadano común, individualista y desinteresado de los problemas sociales, sino todo lo contrario, se refería a la gente organizada de manera independiente, crítica de la realidad, que combatía sin temor al Estado y sus aliados, y que hacía suyas las demandas de todo un conjunto social. El GCI veía en ese «pueblo» alzado, la oportunidad de orientarlo, en su lenguaje «intervenir», hacia el marxismo y la revolución socialista. Para el GCI, esos grupos combativos corrían el riesgo de desaparecer o perder fuerza, si no preservaban sus nexos populares y formaban una «vanguardia revolucionaria», bajo los cánones del marxismo.

La siguiente etapa del trotskismo, es decir, la del ingreso del GCI a los movimientos estudiantil populares fuera de la Ciudad de México, se inauguró con la creación de una representación trotskista al interior del COCO y el fortalecimiento de sus vínculos de solidaridad con el movimiento estudiantil-magisterial de la UANL. En Monterrey, Edgar Sánchez y Castillo que representaban al COCO, no solo se coordinaron con los estudiantes en huelga, sino que aprovecharon su estadía para reclutar militantes (E. Sánchez, comunicación personal, 30 de octubre de 2017). En consecuencia, la capital neoleonense fue la segunda entidad en la que se creó un núcleo trotskista. Incluso Edgar Sánchez testimonia, que la escisión que tuvo lugar en las filas del GCI en 1972, y de la cual surgió la Liga Socialista (LS), se produjo en Monterrey.

¹⁰ «Las tareas históricas del movimiento estudiantil», *Bandera Roja*, 30 de junio de 1974, pp. 6-7.

Paulatinamente, el GCI fue diseminando a otros militantes que de la Ciudad de México se involucraron en diferentes coaliciones de izquierda conformadas por universitarios, profesores, sindicatos y campesinos. Delia Hidalgo Romero fue una de las responsables de establecer contactos en Chihuahua para introducir al GCI a la lucha estudiantil de ese estado. Delia Hidalgo, desde antes de su ingreso a aquella organización, como miembro del Comité de Lucha de la UNAM, mantuvo vínculos con estudiantes, mineros y electricistas de Chihuahua (D. Hidalgo, comunicación personal, 13 de septiembre de 2016). Con su ingreso al trotskismo, los dirigentes vieron en ella a un potencial enlace con el Comité de Defensa Popular (CDP), que era considerado por el GCI como el organismo independiente capaz de nuclear a la izquierda estudiantil chihuahuense. Con el propósito de conducir al CDP hacia la unificación con estibadores, colonos, transportistas y la izquierda marxista, el GCI envió delegados a Chihuahua para que participaran en el encuentro estudiantil que pretendía definir una coordinación nacional.¹¹

Los enviados del GCI se pronunciaron por resarcir las divergencias que se suscitaban entre las tendencias políticas y superar el reduccionismo «localista» que para ellos no permitía tener una visión total del movimiento a escala nacional.¹² Para el GCI, la estrategia a seguir consistía en clarificar «la situación política al nivel de las fuerzas aliadas» con miras a erigir una organización nacional, que contara con una instancia mediadora entre «las provincias y el centro».¹³ La presencia en el Congreso de emisarios del PCM, Los Enfermos y Punto Crítico, sacó a relucir la discordia que prevalecía cuando éstos trataban de acordar las directrices del «izquierdismo» en el movimiento estudiantil.¹⁴

Siguiendo la misma tónica, en Hermosillo, Sonora, por conducto de Carlos Ferra, el GCI se sumó a la Federación de Estudiantes de la Universidad de

¹¹ Alejandro Nava, «Chihuahua», en *Bandera Roja*, abril de 1973, núm. 4. p. 5. Para conocer más del Comité de Defensa Popular véase (Acosta, 2011).

¹² AHUNAM, FLF, «Relatoría del encuentro estudiantil en Chihuahua», p. 2.

¹³ AHUNAM, FLF, «Relatoría del encuentro estudiantil en Chihuahua», p. 1.

¹⁴ «Los Enfermos», de acuerdo con Sergio Arturo Sánchez Parra (2008, p. 207) y Josué David Piña (2021, párr. 4), era un grupo conformado por estudiantes radicales que militaron en la Federación de Estudiantes de Sinaloa. El grupo de «Los Enfermos» se integró a la Liga Comunista 23 de septiembre a comienzos de 1973 (Sánchez, 2008, p. 212).

Sonora (FEUS) en 1973.¹⁵ Este organismo atravesaba por un estancamiento, en buena medida propiciado por los embates del Estado, y de su aliado el rector Alfonso Castellanos. Por ello, el GCI promovía que los universitarios que lideraban el movimiento estudiantil independiente reforzaran sus nexos con los sectores populares obreros y campesinos.¹⁶ Por conducto de Carlos Ferra, el GCI respaldó a la FEUS, que fue declarada ilegal por el Congreso del Estado, permitiendo con ello que Castellanos reprimiera a los estudiantes rebeldes y que el brazo represor del Estado, el Movimiento Mexicanista de Integración Cristiana, actuara con impunidad, agrediendo a los universitarios que participaban en las manifestaciones sociales.¹⁷

Anita López, pareja de Ferra, y una de las dirigentes del movimiento estudiantil de la Universidad de Sonora, junto con un grupo de maestros y estudiantes, hizo contacto con el GCI, entre 1972 y 1973. Ella misma relata, en un testimonio reciente, cómo se dio la integración con esta agrupación:

En ese período Carlos Ferra y un importante grupo de estudiantes y maestros hicimos contacto con el GCI, al que ingresamos porque su ideología y planteamientos políticos y estratégicos valoramos que eran correctos, por lo que nuestra militancia radicalizó y potenció al movimiento ya que nuestro programa y acciones estaban permeando a la población sonorenses, ya que el trotskismo cuestionó no sólo la situación en la universidad sino en la sociedad en su conjunto producto del sistema de explotación capitalista (López., 2022, p. 38).

Parece ser que la buena impresión que dejaba el GCI en ciertos líderes de las oposiciones de izquierda regionales, tenía que ver con su capacidad de ofrecer diagnósticos de la realidad inmediata, pero siempre entrelazando los planos internacional y nacional. Los trotskistas eran metódicos, tanto en su forma de organización interna, como en los balances coyunturales que mostraban a sus aliados. Desde una perspectiva del materialismo dialéctico y el materialismo

¹⁵ Para conocer más de la FEUS, véase (Verdugo, 2004; Moreno, 2016; Cejudo, 2020)

¹⁶ René Rojas, «La provincia a la hora de la represión, Sonora», *Bandera Roja*, noviembre de 1973, p. 8.

¹⁷ René Rojas, «La provincia a la hora de la represión, Sonora», *Bandera Roja*, noviembre de 1973, pp. 1, 8.

histórico diseñaban pautas de acción que, con base en sus análisis y previsiones sociales, económicas y políticas, garantizaban el crecimiento, desarrollo y triunfo de un movimiento social. Esto bajo el esquema de la vanguardia, el partido revolucionario, la profundización de las luchas, el reforzamiento y la creación de más frentes populares.

De la misma forma que en Sonora, cuando en Puebla el gobierno estatal encabezado por Gonzalo Bautista O' Farrill obstaculizaba el avance estudiantil de la Benemérita Universidad de Puebla, la alternativa que proponía el GCI consistía en: «organizar un frente de masas con capacidad de movilización e independiente del Estado».¹⁸

En el sur, Oaxaca se convirtió en un espacio que el GCI consideró propicio para involucrarse e impulsar la Coalición Obrera Campesina Estudiantil (COCE) que, en julio de 1973, organizó una gran manifestación popular para exigir la libertad de los presos políticos.¹⁹ El evento, al que se dieron cita la Federación Estudiantil de Oaxaca (FEO), el Movimiento Sindical Revolucionario y el Movimiento Revolucionario del Magisterio sirvió para que el GCI, que también intervino, fomentara la ampliación de los nexos de la COCE y la FEO con el movimiento estudiantil regional, el Comité de Defensa Popular de Chihuahua y el Frente Obrero Estudiantil de Puebla. Con esta estrategia frentista el GCI quería tanto evitar cualquier acto represivo del Estado y la censura del periódico *La Trinchera* como dejar abierta la posibilidad de formar cuadros revolucionarios.²⁰ El GCI sostenía que el encarcelamiento de activistas era apenas una de las expresiones inhumanas del capitalismo global; por ello, «la lucha del proletariado por su emancipación total y definitiva, era una lucha internacional».²¹

¹⁸ Alejandro Martínez, «Puebla», en *Bandera Roja*, noviembre de 1973, núm. 4.

¹⁹ Sergio Montiel, «De Oaxaca a Chihuahua: un mismo enemigo, una misma lucha», en *Bandera Roja*, núm. 5, junio de 1973, p. 5 y «Oaxaca: solidaridad popular con las huelgas», en *Bandera Roja*, núm. 18, 1 de noviembre de 1974, p. 6. Para conocer más de la izquierda estudiantil Oaxaqueña véase (Basañez, 1987)

²⁰ Sergio Montiel, «De Oaxaca a Chihuahua: un mismo enemigo, una misma lucha», en *Bandera Roja*, núm. 5, junio de 1973, p. 5 y «Oaxaca: solidaridad popular con las huelgas», en *Bandera Roja*, núm. 18, 1 de noviembre de 1974, p. 5.

²¹ Sergio Montiel, «De Oaxaca a Chihuahua: un mismo enemigo, una misma lucha», en *Bandera Roja*, núm. 5, junio de 1973, p. 5 y «Oaxaca: solidaridad popular con las huelgas», en *Bandera Roja*, núm. 18, 1 de noviembre de 1974, p.5.

Este fue el preámbulo de una larga presencia que tuvo el GCI primero, y luego el PRT, en el movimiento campesino oaxaqueño. Con el crecimiento de los núcleos de la disidencia en Oaxaca, los trotskistas fueron asegurando su presencia en el movimiento campesino, que combatía la dupla caciquil formada por autoridades agrarias corruptas, así como contra las familias de abolengo que se negaban a disolver los latifundios y devolver las tierras que les correspondían a los comuneros.²²

Estas exigencias en común, se extendieron hacia diferentes organizaciones del movimiento obrero que combatían las violaciones patronales del Contrato Colectivo del Trabajo y las direcciones del sindicalismo «charro». Por ejemplo, el GCI le dio cobertura a las huelgas que se suscitaron en los diferentes estados de la República, como las de Spicer, General Electric, de empleados de farmacias de Tampico, de constructores de la refinería de Tula, las huelgas de la Nissan, el emplazamiento a huelga en Diesel Nacional. Para finales de la década de 1970, los trotskistas habían construido una radiografía de las movilizaciones sociales a lo largo y ancho del país. Cada vez que tomaba la palestra pública, la sección mexicana de la Cuarta Internacional reiteraba su rechazo al diálogo con el Estado mexicano, pues para ella, se trataba de un «juego legal de procedimientos jurídicos» en el que no se atendían y mucho menos se resolvían las demandas laborales. Se trata, de acuerdo al marco teórico del GCI, de la hegemonía del «Estado bonapartista» que perpetuaba «la dominación de la ideología de la Revolución Mexicana».²³

Desde 1973, el GCI insistió en la formación de frentes y comités que funcionaran como «instrumentos efectivos para enfrentarse al estado burgués en defensa de los intereses proletarios». Lo hizo, entre otros, en Puebla, Oaxaca, Chihuahua, Hermosillo, Cuernavaca, Toluca, Texcoco, Chapingo, Tijuana, Mexicali y Estado de México. En 1975, el GCI le había dado seguimiento a las numerosas represiones que padecieron los trabajadores movilizados de casi todo el país.²⁴

²² Sergio Montiel, «Oaxaca: las luchas campesinas en ascenso», en *Bandera Roja*, núm. 8, agosto de 1973, p. 8.

²³ «Notas obreras», en *Bandera Roja*, núm. 20, febrero de 1975, p. 4. Y Diversas notas estatales de *Bandera Roja*.

²⁴ «Represión a los trabajadores», *Bandera Roja*, febrero de 1975, p. 4.

El GCI aseguraba que la extensión del movimiento estudiantil a otros estados de la República, era una de las consecuencias inmediatas de la represión de 1968. Hasta aquí se ha visto cómo el GCI preservó la táctica de formar una «tendencia marxista revolucionaria a nivel nacional, democrática, representativa y revolucionaria» y se abrió paso en la vasta geografía rebelde de México.²⁵ En el siguiente apartado, se abordará particularmente, cómo es que el GCI operaba en las regiones, a partir de la formación de sus militantes. Se tomarán como punto de referencia, las escuelas de cuadros y los círculos de estudio que surgieron en Tijuana, Baja California, a inicios de la década de los setenta.

Los círculos de estudio en la sección tijuanaense del GCI

El GCI, aunque minoritario, se distinguió por darle seriedad a la educación de sus militantes pues sostenía que la materialización y la expresión de la propaganda adquiriría dos formas: «La primera es la impresión de las ideas en los órganos teóricos del partido. La segunda son los cuadros mismos del partido: militantes capaces de aprender la plataforma política del partido y poderla enriquecer.»²⁶ El Comité Central hizo grandes esfuerzos por poner en circulación libros de Trotsky, el periódico *Bandera Roja*, cuya comisión de redacción quería establecer un tiraje de 5000 ejemplares, y una cantidad abundante de folletos y revistas de la Cuarta Internacional.²⁷ Una parte de esas publicaciones era producida en su local y la otra llegaba procedente de Estados Unidos y París.

Aparte de estos materiales, en los años setenta del siglo XX, el GCI reutilizó las obras publicadas por la extinta LOM, como el folleto de León Trotsky, «Los sindicatos en la época de la decadencia imperialista,» y el periódico *El Obrero Militante*. A comienzos de la década de 1970, el GCI introdujo en sus

²⁵ Diversas notas estatales de *Bandera Roja*.

²⁶ AHUNAM, FLF, «Ante proyecto de resolución sobre agitación y propaganda para el primer congreso del Grupo Comunista Internacionalista», p. 1. «IV escuela de cuadros del Grupo Comunista Internacionalista», p. 1.

²⁷ AHUNAM, FLF, «Proposición de la Comisión de Redacción de *Bandera Roja* al Comité Central del GCI sobre la publicación del mismo periódico», p. 3.

círculos estudiantiles la revista *Cuarta Internacional*, en la que se publicaba información y documentos del Secretariado Internacional, así como el *Boletín de Sociología del Siglo XX*, que contenía información de la militancia trotskista en el continente americano. El GCI también distribuía *Inprecor* con la correspondencia internacional, e *Intercontinental Press* del Secretariado Unificado o la *International Socialist Review*, del SWP. En esa época, la sección mexicana vio una mayor difusión del pensamiento leninista y del trotskismo con las obras que se enlistan en la tabla 1.

Tabla 1. Lecturas recomendadas en las escuelas de cuadros del GCI

El Estado y la Revolución de Vladimir I. Lenin.
Crítica del Programa de Gotha, de Karl Marx.
El Manifiesto del Partido Comunista, de Karl Marx.
El Programa de Transición de Trotsky. Sus orígenes y su significado actual, de Joseph Hansen.
La era de la Revolución Permanente, León Trotsky.
Historia de la Revolución Rusa, León Trotsky.
Su Moral y la Nuestra, León Trotsky.
En defensa del marxismo, León Trotsky.
Cómo hicimos la Revolución de octubre, León Trotsky.
Introducción de Trotsky al Manifiesto <i>Cahier Rouge</i> .
Historia de la IV Internacional, Pierre Frank.
La Revolución interrumpida, de Adolfo Gilly.

Nota: Elaboración propia con información del programa «IV escuela de cuadros del Grupo Comunista Internacionalista» AHUNAM, FLF.

Y a ello se sumaban las publicaciones más importantes de los grupos de oposición marxista de la época, como *Solidaridad* de la Tendencia Democrática del Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana, *Punto Crítico* y la revista *Política* cercana al PCM. Todo este repertorio de publicaciones, aunado a los boletines internos de cada sección, servían para educar a los integrantes del GCI.

Aparte de la abundancia de las publicaciones que, a los ojos de los militantes de más alto rango les imprimían rigurosidad científica a sus postulados, se formaron escuelas de cuadros nacionales. Estas escuelas se organizaban con la supervisión del Comité Central del GCI. En ellas los miembros del Comité

Central o los burós políticos, podían viajar a distintos puntos del país en donde hubiera secciones del GCI, para impartir conferencias. Para los dirigentes, el «temple» de un militante dependía de su preparación política:

La formación es un aspecto tan necesario en la vida del militante, que puede medirse incluso con la mitad del esfuerzo que se dedica a la construcción del partido. El centralismo, las comisiones de finanzas, los burós, etc. son partes importantes de la vida interna de una organización. Un grupo político, sin embargo, no puede funcionar si sus militantes no están debidamente formados. El engranaje partidario consta de eslabones: los cuadros de organización, y éstos sólo surgen si hay una organización adecuada.²⁸

El GCI planeaba que esta escuela de cuadros funcionara de manera permanente para impulsar su proceso de construcción partidaria. En la tabla 2 se muestran los temas que se abordaron en la cuarta escuela de cuadros nacional.

Tabla 2. Conferencistas de las escuelas de cuadros del GCI
¿Qué es el marxismo? Por Antonio Sánchez
La revolución y el bonapartismo mexicano por Alfonso Ríos (Manuel Aguilar Mora)
La explotación capitalista por Dionisio Pomar
La crisis del capitalismo contemporáneo por Alfonso Ríos (Manuel Aguilar Mora)
El Estado Burgués por Ana Estrada (Lucinda Nava)
La Universidad como factor revolucionario por J. V Reil
La construcción del partido revolucionario, por Sergio R.
El movimiento campesino y sus perspectivas por Víctor Rosso
La revolución colonial y la revolución permanente por Julio T.

Nota: Elaboración propia con información del programa de la «IV Escuela de Cuadros del Grupo Comunista Internacionalista», AHUNAM, FLF. Estos conferencistas formaron parte de la Comisión de Redacción de *Bandera Roja*.

Las escuelas de cuadros se orientaban hacia aquello que los líderes trotskistas concibieron como la «nacionalización» del marxismo, es decir, el enraizamiento de las prácticas de la actividad militante desplegadas nacional y regionalmente. Con ello se pensaba ampliar e insertar sus perspectivas revolucionarias

²⁸ AHUNAM, FLF, «IV Escuela de Cuadros del Grupo Comunista Internacionalista», pp. 1-2.

del movimiento socialista mexicano dentro del análisis global, de lo que ellos llamaban «la decadencia del capitalismo y de sus crisis políticas».²⁹

Mientras que las escuelas de cuadros fueron la vía que desde el centro rector se implementó para reforzar a las secciones regionales del GCI y reclutar adherentes, los círculos de estudio fueron el mecanismo que las secciones regionales adoptaron para formar políticamente a su base militante. A continuación, para conocer el desenvolvimiento interno de estos círculos, que tanto impacto causaron en los jóvenes de izquierda de diferentes partes del país, se tratará el caso del círculo de estudios que el GCI creó en Tijuana.

El GCI de Baja California se constituyó en 1973 con cinco integrantes: Jorge Conde «Alonso Neri», Manuel García Vega «El Bule», Miguel Buitrón «Miky», Ernesto Guereña «Toby» y Francisco Domínguez «El Pancho» (J. Conde, comunicación personal, 30 de mayo de 2022). Después del Congreso Nacional del GCI, que se verificó en diciembre de 1974, la sección tijuana incrementó su base a diez u once militantes (M. García, comunicación personal, 28 de abril de 2024). En ese período ingresaron Jaime Cota «El Caimán», José Luis Sabori, Elías Ramírez «El Pillo» y los hermanos Marta y Mauricio Molina (M. García, comunicación personal, 28 de abril de 2024).

Esta sección tenía vínculos en Mexicali, Tijuana y Tecate (J. Cota, comunicación personal, 15 de junio de 2023). En Tijuana sus militantes fueron principalmente estudiantes preparatorianos y universitarios cuyas edades rondaban entre los 17 y 22 años. Algunos de ellos participaron en el movimiento de la «Toma del Campestre», que ocurrió en Tijuana en 1971 y que tenía como uno de sus objetivos: dotar de terrenos propios a la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) (Piñera y Rivera, 2013; Águila y García, 2022; Musotti y García, 2022). Algunos estudiantes radicalizados, que buscaban no solo tomar predios, sino iniciar un movimiento revolucionario, como Jorge Conde y Manuel García Vega, paulatinamente viraron hacia el trotskismo por cuenta del GCI.

Uno de los mecanismos con los que el local de Tijuana logró captar la atención de los jóvenes que buscaban alternativas radicales de izquierda, fue la puesta en marcha de los círculos de estudio. En su primera etapa, los jóvenes

²⁹ AHUNAM, FLF, «IV Escuela de Cuadros del Grupo Comunista Internacionalista», p. 2.

trotskistas conformaron seminarios y reuniones para fomentar lo que para ellos era la vigencia del socialismo y el marxismo. Jorge Conde, por ejemplo, era un apasionado de la teoría. Contando con apenas 16 años antes de su ingreso al trotskismo, se involucró en el Grupo Teoría y Práctica (GTP) de la UNAM, en el que adquirió el gusto por la rigurosidad teórica, a base de intensas jornadas de estudio (J. Conde, comunicación personal, 30 de mayo de 2022).

Y es que el GTP tenía como uno de sus líderes a Arturo Anguiano, quien era profesor de la UNAM, y en ese entonces encauzaba el movimiento hacia el estudio de la historia y el análisis de la realidad del país «para estar en condiciones de teorizar sobre las perspectivas revolucionarias» (Anguiano, 2019, para. 13). Pese a su corta edad, Conde leyó por primera vez la historia de la Revolución mexicana y la historia de la Revolución rusa, con textos de Edward H. Carr, Victor Serge, Jonh Reed, de Mao Ste Don e Isaac Deutsher (J. Conde, comunicación personal, 30 de mayo de 2022). Cuando Conde se convirtió en dirigente del GCI, compartía totalmente la idea de que una formación sólida garantizaría la creación de una vanguardia marxista revolucionaria capaz de influir política y organizativamente en las masas trabajadoras (J. Conde, comunicación personal, 30 de mayo de 2022).

Conde fue quizás el líder tijuaneño que más insistió en la importancia de la teoría y en el pleno cumplimiento de los estatutos del GCI. Por ejemplo, de los militantes entrevistados fue el único que mostró en su testimonio querer cumplir al pie de la letra las condiciones de pertenencia al GCI:

Teníamos un esquema de simpatizantes, adherentes y militantes. Llegamos a tener 90 militantes. Para llegar a militante tenías que haber pasado por la célula de adherentes en la cual tenías un montón de obligaciones. Podías discutir, pero no podías votar las posiciones del partido. Y después de que habías pasado nueve meses o un año y que habías leído el *Manifiesto comunista*, *La Revolución Permanente* y otros textos más como *El Estado y la Revolución*, ya se te nombraba en una reunión como militante y tenías derechos plenos (J. Conde, comunicación personal, 30 de mayo de 2022).³⁰

³⁰ La cifra de noventa militantes a la que aludió Jorge Conde, muy probablemente hace referencia a la fusión que se suscitó entre el GCI y la Liga Socialista, que al parecer en Baja California

Sin embargo, aunque en la teoría se tenía la intención de seleccionar cuidadosamente a los futuros militantes, en la práctica se desdibujaba ese nivel de exigencia. Jaime Cota confirmó que él ingresó al GCI como adherente, pero desconoció en qué momento se convirtió en militante: «Creo que nunca sucedió, nunca hubo una cosa que dijera: ¡ah! ya dejaron de ser adherentes, ahora son militantes» (J. Cota, comunicación personal, 15 de junio de 2023).

Para García Vega, la formación política de los militantes era un rasgo intelectual que los diferenciaba de las otras organizaciones de izquierda (M. García, comunicación personal, 29 de junio de 2022). Las lecturas, las discusiones, la distinción de posiciones y el actuar consciente cuando se intervenía políticamente en algún movimiento social, eran prácticas educativas que conseguían la simpatía de los jóvenes que entraban en contacto con el GCI tijuanaense, y que probablemente no encontraban, al menos no con el mismo rostro juvenil, en otros grupos de izquierda.

Los círculos de estudio, al parecer causaron tal entusiasmo entre los simpatizantes, que un grupo de muchachos que no superaba los 16 años de edad, exigió ser reconocido como parte de la organización: «decían que tenían derechos y eran chavitos de entre 15 y 16 años. Y fue así como el GCI tuvo un crecimiento fluctuante, más o menos considerable, de doce o veinte gentes» (M. García, comunicación personal, 29 de junio de 2022).

Fue por medio de los círculos de estudio que jóvenes activistas de la Preparatoria Federal de Tijuana, como José Luis Sabori y Jaime Cota, ingresaron al trotskismo. El primero explica que en el GCI «había más formación ideológica y sus integrantes intervenían utilizando referencias históricas e internacionales. Mientras que el estilo del PCM era como recitar, memorista, como leer el ABC del comunismo» (J. L. Sabori, comunicación personal, 16 de junio de 2022). Por su parte, Jaime Cota refiere que «en el GCI logró articular un pensamiento que le permitió entender el mundo con fundamentos extraídos del materialismo dialéctico y del materialismo histórico» (J. Cota, comunicación personal, 16 de junio de 2022).

tenía una mayoría de integrantes. Esta unión dio paso a la Liga Comunista Internacionalista y posteriormente al Partido Revolucionario de los Trabajadores.

En los círculos de estudio, por iniciativa de Jorge Conde, se establecían sesiones de estudio sabatinas, en las que aparte de leer y discutir capítulos de libros, los participantes preparaban exposiciones temáticas acerca de los movimientos sociales en boga. Jaime Cota describe parte del proceso:

Por ejemplo, si hablabas del movimiento campesino las fuentes eran el *Bandera Socialista* o los documentos internos que tuvieras, y a ti nada más te dejaban el tema y tú tenías que arreglártela. Y te pongo el ejemplo del movimiento campesino, porque fue lo que me tocó hablar a mí, y yo siempre había vivido en la ciudad. Yo no tenía la más mínima idea de qué rollo con el movimiento campesino. Era un tema totalmente ajeno a mí, pero lo tenías que dar, entonces te preparabas para darlo, lo más probable es que lo haya dado pésimamente, pero te vas formando de todos modos. Te vas formando y vas adquiriendo una formación política. Y así cada semana, a cada quien le tocaba un punto y como fuera lo exponías (J. Cota, comunicación personal, 15 de junio de 2023).

Este testimonio resulta de interés porque evidencia que el aprendizaje marxista tenía sus matices grupales. Aunque había una distinción interna, entre los líderes con mayor educación teórica, y los militantes de base como Jaime Cota, que se esforzaban por comprender la realidad en la que estaban situados; había una disposición de éstos últimos por aprender, sin que existiera un temor de ser reprendidos. Tenían sus dificultades, pero se sentían arropados por un grupo que les daba cabida a sus expresiones y eso les permitía adentrarse a un tipo de pensamiento socialista que no encontraban en las aulas escolares, pero que les daba la certeza de que la revolución era la única vía del cambio social.

Como aditamento de su educación marxista, Cota aprendió diferentes oficios que consideraba indispensables en el trayecto del GCI hacia la revolución socialista. Estudió enfermería, pero también buscó estudiar arquitectura y electricidad. En el local del Partido Mexicano de los Trabajadores aprendió serigrafía diseñando carteles con imágenes del Che, Lázaro Cárdenas y otros personajes y movimientos revolucionarios latinoamericanos de la época (J. Cota, comunicación personal, 15 de junio de 2023). El gusto que tanto él, como otros integrantes del GCI llegaron a tener por este oficio fue tal, que

pasaban noches en vela confeccionando propaganda en la «Casa de Todos» (J. Cota, comunicación personal, 15 de junio de 2023). Este era un recinto ubicado en una colonia popular, que José Luis Sabori prestó a sus camaradas para que pudieran colocar un taller de serigrafía y celebrar las reuniones.

Maricarmen Rioseco indica que en la casa de Sabori se «producían con un mimeógrafo, carteles, periódicos y folletos» (Rioseco, 2022, p. 117). Ella, valiéndose de un contacto que tenía en el PRI, se hizo de un centenar de posters que reutilizó, junto con sus compañeros, para «imprimir sus manifiestos y propaganda política en contra del gobierno de José López Portillo» (Rioseco, 2022, p. 116).

Además de la elaboración de propaganda, la empatía hacia lo que en aquel momento se entendía como lo «juvenil» era un puente de unión y comunicación que llevaba a militantes de base, como Jaime Cota, a escuchar con atención los que sus líderes, Conde y García Vega, exponían. Ellos eran percibidos como dirigentes jóvenes altamente versados en los temas que se solían discutir. O veían con sorpresa y admiración exponer a sus compañeros, «inteligentes y muy radicales», que no rebasaban los 18 años, como José Luis Sabori y Elías Ramírez (J. Cota, comunicación personal, 15 de junio de 2023). El propio Sabori indica que para él la presencia de Jorge Conde fue básica en su formación política, pues aseguró «haberle aprendido mucho» (J. L. Sabori, comunicación personal, 16 de junio de 2022). Sin embargo, no todos los militantes se sentían bien formados teóricamente, o con esa capacidad de deslumbrar a un auditorio; que al parecer sí tenían los dirigentes ya mencionados. Pero, como se ha visto, tampoco desistían de sus estudios políticos. Finalmente, cada integrante destacaba, no tanto por su grandeza teórica, sino por sus capacidades organizativas y las contribuciones que podían realizar al interior de los movimientos sociales.

Independientemente de la distinción que existiera entre los líderes, los adherentes y los simpatizantes, que por cierto, como se ha dicho, no necesariamente eran fronteras inquebrantables, el gusto por el estudio y el aprendizaje marxista no cesaba. Diferentes obras que se enlistaron en la tabla 1 llegaban a manos de la sección bajacaliforniana.³¹ Por ejemplo, durante su estadía en

³¹ Archivo Histórico de Movimientos Sociales en Tijuana, del Centro de Información para Trabajadoras y Trabajadores, A. C. Diversos documentos.

uno de los primeros congresos nacionales del GCI, Conde, García Vega, Sabori y Cota adquirieron una cantidad importante de libros de Trotsky, y de otros autores como Isaac Deutscher, Víctor Serge y Adolfo Gilly (J. Cota, comunicación personal, 15 de junio de 2023). Ellos destinaban parte de sus ingresos a la compra de literatura marxista para su propia formación y la de sus compañeros, como lo indica Jaime Cota:

Como nació en mí la cuestión de aprender y como no sabía nada, ni qué... y pensaba que a lo mejor me iba a estudiar a algún lado, y comencé a juntar dinero. Si yo tenía un dinero compré mucha literatura de Trotsky. A mí no me importaba si iba poder leerla yo, pero entonces ya teníamos nosotros esa literatura (J. Cota, comunicación personal, 15 de junio de 2023).

De los militantes entrevistados de aquel período, todos recordaron libros marxistas que dentro del GCI marcaron su aprendizaje. Por ejemplo, para Sabori fueron importantes para su formación el *Programa de Transición* y la *Introducción a la lógica* de George Novack (J. L. Sabori, comunicación personal, 16 de junio de 2022). Para Cota, *El Estado y la revolución* de Lenin, el *Manifiesto del Partido Comunista* y en *Defensa del marxismo* de Trotsky (J. Cota, comunicación personal, 15 de junio de 2023). Para Manuel García, las obras de Isaac Deutscher: *El profeta armado*, *El profeta desarmado*, *El profeta desterrado* y *Stalin*, lo volvieron trotskista, permitiéndole conocer la idea de revolución y el enfoque marxista en general (M. García, comunicación personal, 29 de junio de 2022). Particularmente las obras de Deutscher publicadas por la editorial Era, fueron medulares, porque resultaron determinantes en la adhesión de varios militantes al trotskismo, y que se convirtieron en líderes de este movimiento, como Jaime González, quien también encabezó la Liga Socialista. Otros militantes se vieron influenciados por Ernest Mandel.

La variedad de autores era amplia, al igual que la cantidad de publicaciones que se editaron durante esa época. La sección de Tijuana, por ejemplo, conforme transcurrió la década recibió numerosos materiales que se distribuían desde la Ciudad de México, como *Inprecor*, *Cuarta Internacional*, *Bandera Roja*, *Bandera Socialista*, y la gran cantidad de folletos formativos

que se imprimieron con el nacimiento del PRT. La circulación de impresos socialistas, resultaba ser un acicate para jóvenes activistas que demandaban información novedosa y que, hasta antes de su contacto con la militancia, leían los libros de autores como el caricaturista Eduardo Humberto del Rio (Rius), que les llegaban a cuenta gotas (J. L. Sabori, comunicación personal, 16 de junio de 2022).

Pero la bibliografía marxista, que a este tipo de militantes les abría un mundo de posibilidades para instaurar un régimen democrático, en el que la libertad y la justicia fueran sus pilares, circulaba en un clima en el que socialmente se estigmatizaban y difamaban a las creencias socialistas. Este descrédito se tradujo en diferentes tipos de represión para los militantes de izquierda, que iban desde el encarcelamiento y la tortura, hasta la desaparición forzada.

En el intermedio se encontraba la incautación de libros y la intimidación para quien los poseyera. En una ocasión Jorge Conde fue detenido en un retén policíaco. Su camioneta fue inspeccionada, y le fue decomisado un libro, *El Estado y la revolución de Lenin*, de la editorial Progreso, al que tanto uso se le daba en los círculos de estudio (J. Conde, comunicación personal, 30 de mayo de 2022). Conde estuvo detenido cerca de tres horas. Posteriormente fue liberado, pero no faltaron las advertencias en su contra: «nos amenazaron con hacernos algo mucho peor. ¡Los vamos a detener pinches agitadores comunistas! Había vigilancia hacia nosotros. En el 76 con la candidatura de José López Portillo empezaron a vigilar a dirigentes maoístas, comunistas y trotskistas» (J. Conde, comunicación personal, 30 de mayo de 2022).

Volviendo al escenario interno que se vivía en los círculos de estudio, Maricarmen Rioseco describió vívidamente de qué forma se vio atraída por la educación militante que impartía el GCI:

Leían, analizaban y discutían textos marxistas, leninistas y de León Trotsky, para lo cual fui invitada por Jorge Conde, eran sesiones muy largas, terminábamos tarde, por las noches. Me sentí atraída por este grupo de izquierda y sus posiciones políticas, de liberación al proletariado, de hacer la revolución y crear un mundo mejor para una sociedad igualitaria sin división de clase, sin hipocresía ni moralismos. Me interesó mucho leer más para entender teóricamente la división

de clases y el rol de las mujeres, por lo que entré a la célula izquierdista trotskista de Tijuana (Rioseco, 2022, p. 116).

Maricarmen Rioseco, alude que después de las fusiones del GCI con Rojo y, en Baja California, con la LOM, tuvo «la encomienda de formar un círculo de estudios para mujeres», lo que supuso para ella una movilidad constante entre Mexicali, donde radicaba, y Tijuana «fortaleciendo el Círculo de Estudios con mujeres estudiantes y egresadas de diferentes carreras de la UABC, y una trabajadora de la maquila» (López et. al., 2022, p. 116).

En otros estados de la República hubo casos similares. Homero Avilés documentó que el Grupo Acción Revolucionaria de Baja California Sur ingresó al círculo de estudios creado por Ernesto Velásquez, quien le propuso adherirse al GCI (Avilés, 2018, p. 128).

Ángeles Márquez Gileta, que perteneció al Círculo de Estudios y Reflexión en Colima se asumió como trotskista «por su carácter revolucionario e internacionalista, pues en todas las instancias desde las células de base hasta la dirección, se analizaban siempre los procesos revolucionarios mundiales y principalmente los de Latinoamérica y Europa» (Márquez. 2022, p. 26).

Ana María Mozian, exiliada argentina que se integró al PRT en la Ciudad de México, refirió que como trotskistas «éramos jóvenes (muy jóvenes) que tratábamos de profundizar, complejizar los análisis políticos, ser capaces de realizarlos como individuos formados, y no ser simples repetidores de directivas impartidas» (Mozian, 2022, p. 20). Las ideas de libertad y democracia, basadas en la dialéctica marxista y el materialismo histórico, generaban en los militantes la noción de comprensión de la realidad social y de cómo actuar para cambiarla. Mientras que la perspectiva internacionalista, los hacía sentirse parte de un entramado mayor, que estaba conectado a nivel mundial por la Cuarta Internacional.

Por su parte, las escuelas de cuadros nacionales se organizaban únicamente por decisión del Comité Central situado en la Ciudad de México. Cuando estas se efectuaban en Tijuana, los dirigentes buscaban los contactos externos más experimentados, el recinto y otros detalles logísticos. Carlos Ferra de Sonora presidió algunas sesiones formativas en el GCI tijuanaense y según García Vega

«era el mejor para las escuelas de cuadros; era muy didáctico, te explicaba perfectamente todo. En sus escuelas, los tijuanaenses contaron con la presencia de conferencistas del SWP y del Comité Central de la Ciudad de México».

Hubo jóvenes que rápidamente adquirieron un capital cultural amplio y sobresalieron regionalmente, como Selina Espinosa (J. Cota, comunicación personal, 16 de junio de 2022; Musotti y García Niño, 2022, p. 315). Sin embargo, las figuras que dirigían el Comité Central de la Ciudad de México seguían acaparando los reflectores, el reconocimiento y la admiración a nivel nacional, tanto por su experiencia como al parecer, porque su desenvolvimiento intelectual era percibido como deslumbrante. No es para menos, hay que preguntarnos hoy en día cuántos profesores y estudiantes jóvenes dominan la teoría marxista, cuántos de ellos luchan en colectivo, sin temor a represalias, y cuántos de ellos tienen ese magnetismo popular.

Como hemos venido refiriendo, las otras secciones del GCI compartieron el mismo sistema de formación, el círculo de estudios. En La Paz, por ejemplo, los círculos de estudio se verificaban «generalmente una vez a la semana». Al igual que en Tijuana, en estos se atendían las diferencias entre «las corrientes ideológicas, políticas del socialismo o de la izquierda y entonces por supuesto había una ponderación fuerte por el trotskismo», que les parecía «fiable y factible» (Avilés, 2018, pp. 183-184).

De hecho, el GCI tijuanaense construyó una vinculación con sus pares en La Paz, a propósito de que García Vega y Efraín Ávila fueran comisionados para adquirir un mimeógrafo, que necesitaban los trotskistas subcalifornianos para reproducir su propaganda (M. García, comunicación personal, 29 de junio de 2022). Cumpliendo con esa tarea, García Vega y Efraín Ávila viajaron a La Paz, entregaron el mimeógrafo y aprovecharon su estancia para realizar un concierto de música de protesta en el Festival Cultural del primer aniversario de la huelga de la maquiladora del sindicato de trabajadoras Ardemi, que tuvo lugar en julio de 1975. Los festivales culturales fungían como espacios de expresión, unificación y solidaridad juvenil.³²

³² Los significados culturales de los festivales organizados por el PCM y el Partido Socialista Unificado de México han sido estudiados por Luciano Concheiro San Vicente y Ana Sofía Rodríguez Everaert (2023).

En las preparatorias del CCH ubicadas en la Ciudad de México eran comunes estos eventos, que resultaban ser un componente más en el imaginario rebelde de la época porque en ellos se compartía, entre otras prácticas juveniles, la música de protesta. La sección de Tijuana se caracterizaba por acompañar sus mítines con eventos musicales, que se volvían un acto de resistencia popular, libertad y conciencia social y que quedó plasmado en las frases que hoy en día los protagonistas de aquellos tiempos acuñaron: «el cantar tiene sentido» y «cantante es el que puede y cantor el que quiere» (M. García, comunicación personal, 29 de junio de 2023; Casa Obrera, 2023, cartel).

Este tipo de estructura de enseñanza y aprendizaje, basada en los círculos de estudio no era lineal, sino gradual y sujeto a la experiencia que cada militante desarrollaba en sus estudios, en la escritura de textos y en su involucramiento con los movimientos sociales, y que, dicho sea de paso, eran inseparables el uno con el otro. Como parte de la transformación del GCI en Liga Comunista Internacionalista (LCI) en 1976, la sección de Tijuana se estaba concentrando en la publicación de su periódico *Brecha* (de vida efímera), para el que Maricarmen Rioseco, Jorge Conde, Esthela y Manuel García prepararon un artículo respectivamente (J. Cota, comunicación personal, 16 de junio de 2022; Musotti y García Niño, 2022, p. 314), amén de los documentos internos, folletos de Ernest Mandel, y otros que incluían como tema central la liberación de la mujer.

Finalmente, se enuncia que el aprendizaje en las escuelas de cuadros y círculos de estudio cobraba mayor sentido cuando los trotskistas articulaban sus contactos y lograban intervenir en los movimientos populares. Algunas de las movilizaciones en las que participaron el GCI y luego PRT de 1975 a 1979, fueron el de Colonos «Tierra y Libertad» de Tijuana; de los trabajadores de la Lotería Nacional; el Frente Independiente Revolucionario, con el que impulsaron la campaña de Valentín Campa a la presidencia de la República; diversos paros estudiantiles de la UABC; el Movimiento Urbano Popular; lucharon por la libertad de expresión, de los presos políticos y desaparecidos (J. Cota y J. L. Sabori, comunicación personal, 16 de junio de 2022).

En el sector educativo colocaron militantes en la Preparatoria Federal, en el Sindicato de Trabajadores al Servicio de la UABC y en el Sindicato del Instituto Tecnológico Nacional. En el sector industrial, establecieron nexos

con la Comisión Federal de Electricidad, mediante la Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana de Mexicali, y una gran cantidad de movimientos sociales en los que simultáneamente participaban. Para impulsar la lucha por la liberación de la mujer, crearon el Grupo Emancipación y la Comisión de la Mujer (Musotti y García Niño, 2022, p. 315).³³ Además, participaron activamente en las campañas internacionalistas en contra de la guerra de Vietnam y de solidaridad con la revolución nicaragüense.

Conclusiones

El proceso de radicalización que experimentaron varios jóvenes activistas después del 68, los llevó a integrarse en grupos y organizaciones que se distinguieron por su crítica marxista y sus programas socialistas, y que antes de la masacre estudiantil de Tlatelolco permanecieron en la marginalidad. La vertiente trotskista del Secretariado Unificado casi desapareció por las represiones sistemáticas que ejerció el Estado en contra del movimiento estudiantil. El GCI fue la creación de una generación de militantes que no creía en los pactos políticos con el régimen priista, ni en la supuesta «apertura democrática» que éste decía tener.

La lucha interna que libró el COCO en la UNAM para conseguir la liberación de los presos políticos después del 68, sirvió de preámbulo para que el GCI consiguiera la simpatía y adhesión de profesores y estudiantes de los Comités de Lucha de Filosofía y Letras y Ciencias Políticas y Sociales, que buscaban más herramientas teóricas y acciones sociales contundentes para contrarrestar los embates del Estado. Y es que los trotskistas no solo impulsaron la campaña en pro de la liberación de los presos políticos aliados con el COCO, sino que aprovecharon su pertenencia a este organismo para reclutar estudiantes y

³³ Ana Sofía Rodríguez, en su estudio «Entre México y la IV Internacional: el PRT y la liberación de las mujeres» (2022), expone varios textos que las mujeres trotskistas utilizaron para su formación política.

profesores con la intención llevar su proyecto socialista hacia las universidades estatales.

Después de la masacre del 10 de junio de 1971, el GCI incursionó con mayor profusión en los frentes populares que se creaban dentro y fuera de las universidades públicas. El Comité Central estaba convencido de que las movilizaciones estudiantiles a lo largo y ancho del país eran consecuencia política, social y cultural del 68. La dirección trotskista afirmaba que un visible triunfo popular se lograría si las fuerzas de izquierda fueran capaces de enraizarse en los movimientos regionales y formar un frente nacional de masas. En ese sentido, el GCI volcó sus esfuerzos y sus tesis marxistas en reimpulsar la formación de vanguardias revolucionarias y la construcción de un partido proletario (obrero-campesino-estudiantil), como las únicas alternativas socialistas para derrocar a los gobiernos «bonapartistas» y luchar por la destrucción del capitalismo.

La campaña trotskista contempló la integración de sus militantes más distinguidos en los conglomerados populares independientes que cobraban fuerza en diversos estados del país. Su propósito era conducir a estos últimos hacia su particular forma de concebir la realidad, tratando de convencerlos de que la rebeldía debía encaminarse hacia la revolución socialista y no conformarse con las conquistas inmediatas. Se rechazaba el monopolio del poder burgués y, el pactismo con el Estado, además, se optaba por crear redes populares que se convirtieran en la base de un movimiento de dimensiones nacionales, con resonancia internacional. De hecho, el GCI recurrió a sus conexiones universitarias, su medio de desplazamiento natural para hablarles a los jóvenes, es decir sus iguales, antes que a cualquier otro actor político.

El acercamiento del GCI con los estudiantes nucleados en las universidades estatales, cobró eco entre maestros y estudiantes que no querían caer en el «reformismo» institucional, esto era la complacencia a la que llegaban algunos movimientos rebeldes tras obtener concesiones oficiales. Estos grupos fueron receptores del socialismo porque su radicalidad aumentaba conforme les hacían frente a las redes de corrupción que operaban en las escuelas en asociación con los gobiernos autoritarios. El proyecto del GCI, sus símbolos bolcheviques, sus nodos internacionales, su propia historia y su significado de revolución,

adquirieron sentido para los jóvenes que no querían dejar de luchar, hasta que vieran caer al régimen en el poder y construir un gobierno democrático que no se limitara al medio estudiantil.

En Baja California, por ejemplo, los círculos de estudio del GCI se convirtieron en espacios educativos de contrapoder (Oikión, 2023) que les impregnaron a los militantes un sentido filosófico profundo a su rebeldía y su involucramiento con las masas. Se trataba de preparatorianos, universitarios, profesores y trabajadores que en los círculos de aprendizaje trotskista encontraron los cimientos de un gobierno democrático, que para ellos superaba por mucho al añejo sistema educativo imperante, dominado por las cúpulas cercanas al priismo. En los círculos de estudio, como el de Tijuana, la vida democrática se palpaba cuando los jóvenes menores de veinte años de edad ocupaban cargos directivos, y se convertían no solo en reclutadores sino en maestros del marxismo. Seguía la inclusión de otros integrantes que no contaban con ninguna experiencia política, pero que el trotskismo, entendido como un movimiento juvenil, les permitía acceder a conocimientos teóricos y de acción social que combatían las injusticias y que con fundamentos les permitía poner en entredicho los saberes dominantes.

En los círculos de estudio, el trotskismo no solo era valorado por su programa revolucionario, sino por la adaptabilidad a la que éste estaba sujeto, en beneficio de los propios militantes que innovaban la idea revolucionaria con sus prácticas cargadas de juventud, como los festivales, la música de protesta y el aprendizaje, que no siempre se llevaba a cabo de manera rigurosa, pero que incentivaba la participación y la diversidad de posturas e iniciativas. A ello se sumaban los medios de comunicación críticos que circulaban de manera clandestina; las redes de apoyo entre militantes que se movían en múltiples direcciones nacionales e internacionales, así como el sentido de pertenencia a una organización internacional que ya tenía una historia como oposición de izquierda y que poseía contactos en todo el mundo. Pero más importante aún, es que los jóvenes trotskistas, en su primera etapa, vivían la democracia organizándose a su manera, para ellos libremente, estudiando, protestando, defendiéndose y luchando contra cualquier tipo de opresión.

Referencias

Archivos

Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo Lucila Flamand, en proceso de catalogación.

Archivo Histórico de Movimientos Sociales en Tijuana, del Centro de Información para Trabajadoras y Trabajadores, A. C., en proceso de catalogación.

Entrevistas

Aguilar, M., Entrevista concedida a Josué Bustamante González, Ciudad de México, 8 de diciembre de 2021.

Conde, J. Entrevista concedida a Josué Bustamante González, Tijuana, 30 de mayo de 2022.

Cota, J. Entrevistas concedidas a Josué Bustamante González, Tijuana, 16 de junio de 2022 y el 15 de junio de 2023.

Flamand, L. Entrevista concedida a Josué Bustamante González, Ciudad de México, 13 de septiembre de 2016.

García, M. Entrevistas concedidas a Josué Bustamante González, Tijuana, 29 de junio de 2022 y el 28 de abril de 2024.

Hidalgo, D. Entrevista concedida a Josué Bustamante González, Ciudad de México, 13 de septiembre de 2016.

Sabori, J. L. Entrevista concedida a Josué Bustamante González, Tijuana, 16 de junio de 2022.

Sánchez, E. Entrevista concedida a Josué Bustamante González, Ciudad de México, 30 de octubre de 2017.

Hemerografía

- Acosta, N. (2011). Relación del Comité de Defensa Popular (CDP) y los movimientos estudiantiles en Ciudad Juárez. *Chihuahua Hoy*, 9, pp. 253-284.
- Cejudo, D. (2020). La disputa por la federación de estudiantes de la Universidad de Sonora 1967-1968. *Historia y problemas del siglo xx*, 12 (11), pp. 36-52. <https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/cont/article/view/756>
- Concheiro San Vicente, L. y Rodríguez Everaert, A. S. (2022). Cambios en la política cultural del Partido Comunista Mexicano: de los Festivales de Oposición a los Festivales de la Unidad (1977-1986). *Políticas de la Memoria*, (22), pp. 193-206. <https://doi.org/10.47195/22.748>
- Declaración del GCI sobre el informe enmascarado. La crisis del régimen (1971). *La Internacional*. Septiembre (18), pp. 2-7.
- Dip et. al. (2021). La nueva izquierda en la historia reciente de América Latina. Un diálogo entre Vania Markarian, Vera Carnovale, Ivette Lozoya López, Adela Cedillo y Sandra Jaramillo Restrepo. *Pasado Abierto. Revista del CEHis*, 7(14), pp. 222-257. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pasadoabierto/article/view/5693>
- Hoy se impone la unión obrera estudiantil (1970). *La Internacional*. Noviembre, pp.1-6.
- La crisis de la burguesía y las tareas del movimiento (1973). *Boletín de Sociología e Historia del Siglo xx*, Ciudad de México, s/p.
- Las tareas históricas del movimiento estudiantil (1974). *Bandera Roja*. Junio, pp. 6-7.
- Markarian, V. (2011). Sobre viejas y nuevas izquierdas. Los jóvenes comunistas uruguayos y el movimiento estudiantil de 1968. *Secuencia*, (81), pp. 159-186. <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i81.1326>
- Meyer, L. (1991). La prolongada transición mexicana: ¿del autoritarismo hacia dónde? *Revista de Estudios Políticos*, (74), pp. 363-387. <https://www.cepc.gob.es/sites/default/files/2021-12/16694repne074353.pdf>
- Nava, A. (1973). Chihuahua. *Bandera Roja*. Abril, (4), p. 5.

- Moreno, A. (2016). A cincuenta años del movimiento estudiantil y popular de 1967 en Sonora. *Revista Doxa*, 6 (11), pp. 87-121. <https://doi.org/10.52191/rdojs.2016.16>
- Musotti, S. y García, D. (2022). Memoria de los márgenes: trayectorias de mujeres de Baja California desde la militancia político-estudiantil al feminismo, en las décadas de 1960 y 1970. *Esboços histórias em contextos globais*, 29 (51), pp. 305-325. <https://doi.org/10.5007/2175-7976.2022.e84427>
- Rodríguez Everaert, A. S. (2022). Entre México y la IV Internacional: el PRT y la liberación de las mujeres. *Korpus* 21, 2 (4), pp. 147-162. <https://doi.org/10.22136/korpus21202265>
- Ruiz Cabrera, C. (2022). La UANL y el 10 de junio de 1971. En De los Ríos Merino, et. al. *Memorias insurrectas. A 50 años de la masacre del 10 de junio de 1971*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- Sánchez Parra, S. A. (2008). Violencia política en Sinaloa: el caso de los «Enfermos». 1972-1978 (los lugares y medios para la radicalización). *Rhela*, 11, pp. 205-224. https://revistas.uptc.edu.co/index.php/historia_educacion_latinoamericana/article/view/1506/1502
- Scheuzger, S. (2018). La historia contemporánea de México y la historia global: reflexiones acerca de los «sesenta globales». *Historia Mexicana*, 68(1). <https://doi.org/10.24201/hm.v68i1.3644>
- Torti, M. C. (2002). La nueva izquierda a principios de los '60: socialistas y comunistas en la revista Ché. *Memoria Académica*, 22-23, pp. 145-162. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.9682/pr.9682.pdf
- Zolov, E. (2012). Expandiendo Nuestros Horizontes Conceptuales. El pasaje de una 'Vieja' a una 'Nueva Izquierda' en América Latina en los años sesenta. *Aletheia*, 2(4), pp. 1-24. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5301/pr.5301.pdf.

Bibliografía

- Aceves, J. (1998). La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación. En Galindo J. *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. México: Addison Wesley Longman.
- Águila, J. y García, D. (2022). *Campestre o nada. Testimonios*. México: UABC, Campestre o nada, A.C.
- Avilés, H. (2018). *Movimientos sociales e izquierda partidista: el caso del trotskismo en Baja California Sur* [Tesis de Doctorado, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo] Repositorio Institucional-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Basañez, M. (1987). *La composición del poder. Oaxaca 1968-1984*. México: Instituto Nacional de Administración Pública.
- Bustamante, J. (2020). *Las prácticas trotskistas en México: prensa militante, internacionalismo proletario y sociabilidad transnacional, 1929-1976* [Tesis de Doctorado, El Colegio de Michoacán] Repositorio Institucional-El Colegio de Michoacán.
- De Pablo, O. (2002). *A la izquierda del margen: los trotskismos en México, 1958-2000* [Manuscrito inédito].
- Librado Luna D. (2021). *A 50 años del Halconazo*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- López, A. (2022). Entre surcos y veredas. En López, B. et. al. *Rebeldes y transgresoras: feministas trotskistas testimonios, 1974-1992*. México: Castellanos editores.
- López Rosado, B. y Márquez Gileta, A. (2019). *Feministas trotskistas*. (Sin editorial).
- Márquez, A. (2019) Si no creyera en lo que duele. En López, B. y Márquez, A. *Feministas trotskistas*. México: (Sin editorial).
- Mozian, A. M. (2022). Militancia, maternidad y exilio. En López, B. et. al. *Rebeldes y transgresoras: feministas trotskistas testimonios, 1974-1992*. México: Castellanos editores.

- De los Ríos Merino, A. et. al. *¡Volvamos a Salir! Una historia oral del movimiento estudiantil de 1971 y el Halconazo*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- Oikión, V. (2010a). Un encuentro decisivo en la encrucijada revolucionaria. La influencia del PORT en el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre. En Martín Álvarez, A. (Coord.), *La izquierda revolucionaria en Latinoamérica*. Universidad de Colima.
- Oikión, V. (2010b). Violencia y olvido. El caso de Eunice Campirán: de la militancia trotskista al Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre. En Oikión Solano, V. y Urrego M. A, *Violencia y sociedad. Un hito en la historia de las izquierdas en América Latina*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, El Colegio de Michoacán.
- Oikión V. (2023). La lucha estudiantil post 68: el Comité Coordinador de Comités de Lucha en la UNAM y el Politécnico. En Renate Marsiske (Coord.), *Movimientos estudiantiles en México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación*.
- Piña, J. D. (2021). «Los Enfermos». La guerrilla urbana en Culiacán. *Blog Atarraya*. <https://blogatarraya.com/2021/03/29/los-enfermos-la-guerrilla-urbana-en-culiacan/>
- Piñera, D. y Rivera, J. (2013). La toma del Club Campestre por los estudiantes: diversas percepciones de un hito en la historia de la UABC. México: Universidad Autónoma de Baja California.
- Rioseco, M. (2022). El feminismo desde la frontera más alta: Tan lejos del centro y tan cerca de las gringas. En López, B. et. al. *Rebeldes y transgresoras: feministas trotskistas testimonios, 1974-1992*. México. Castellanos editores.
- Verdugo, J. (2004). *El movimiento estudiantil en la Universidad de Sonora de 1970 a 1974. Un enfoque sociohistórico a partir del testimonio oral*, México: El Colegio de Sonora.